

## Reconciliarse con la literatura es posible

**J. Giménez Corbatón: El fragor del agua**

**Zaragoza, Prames, 2005.**

J. L. Rodríguez García

### **1. Tiempos extraños en los que hay que justificarlo todo...**

No conviene ser apocalíptico. Pero resulta indispensable serlo de vez en cuando para que la indiferencia y el adocenamiento no crezcan. Máxime en lo que se refiere a un campo tan problemático como es el de la literatura y, especialmente, el de la novela, otrora considerado como la forma estética propia de la modernidad y la sociedad burguesa. Pues bien, entiendo que es preciso certificar el estado deplorable, insano y pervertido del mismo. Muy bien pudiera afirmarse, y con poderosos argumentos, que un juicio tan extremado se sustenta en la consideración excesivamente tradicional o conservadora del quehacer novelístico –de la función que juega la ficción en la sociedad postmoderna, del propio oficio de escritor, etcétera-. Es posible que el campo al que me refiero haya sufrido una fuerte conmoción en las últimas décadas. Nadie podría negar que los cambios estructurales de la sociedad actual han de reflejarse en el horizonte de la novela, y Howe y Hassan –por citar dos autores de muy distinta procedencia- comenzaron a subrayarlo hace décadas. Ahora bien, el reflejo literario determinado por la naturaleza de los cambios habidos en la tónica postmodernidad no tiene por qué manifestarse en una orientación exclusiva, única y catalizadora de un *deber ser* literario tan fecundo cuanto vano y banal. El espectáculo al que asistimos es el de la novela entendida como pret-à-porter y kleenex: un producto –en el sentido fuerte del término- caracterizado por estar listo para consumir y tirar al cubo de la basura. Ni una cosa, ni la otra: ambas conjugándose perfectamente. Comprar lo que se expone en el maniquí del anaquel librero y arrojarlo al cubo de la basura junto al resto de desperdicios domésticos.

Debe justificarse lo que se aventura. Sobre todo, cuando el juicio puede resultar apocalíptico a los lectores. Por esto mismo, quiero introducir algunos breves apuntes sobre lo que determina mi consideración y sin ánimo de trazar intereses urgentes para una sociología de la literatura. Lukács o Escarpit lo intentaron a su manera, pero la obsolescencia de las

sociedades a las que uno y otro apuntaron aconseja retomar su esfuerzo. Me limitará a subrayar algunos fenómenos que contribuyen poderosamente al abaratamiento de la función de la novela en la sociedad postmoderna. Y que conste que cuando escribo *función* no evoco la necesidad de un interés que deba trascender necesariamente el hecho literario mismo. No puedo olvidar los nombres de Blanchot o Barthes, tan obsesionados en la revalorización del acto mismo de la escritura y de su entidad cerrada –sometida al círculo autor/lector.

Pues bien, introducidas estas cautelas paso a la cuestión. ¿Por qué el atroz desangelamiento de la novela? Apuntaré sin pretender ser exhaustivo algunos factores que contribuyen a configurar el panorama. ¿Sería posible silenciar la responsabilidad crítica? Entiendo que es ineludible llamar la atención sobre la notable pereza de los críticos. Si hablo de la notable pereza de los críticos es por entender que su oficio está regido por la atención a los criterios mediáticos y la absurda atención a los potentes grupos editoriales que invaden las redacciones de periódicos y revistas con sus productos, estrategia que se camufla como labores de promoción y que posibilitan la radical desatención de la crítica a las obras publicadas por editoriales minoritarias y periféricas al mercado editorial. La distancia del crítico en relación a la realidad del mundo editorial suele ser escandalosa: su mirada está reducida a la consideración de los productos de gran tirada y de influencia mediático-empresarial. Y el asunto se agrava si se tiene en cuenta otra circunstancia realmente llamativa: si hace décadas el escritor considerado debía dedicar parte de su tiempo y oficio a labores periodísticas, pero siendo en primer lugar escritor y sólo subsidiariamente hacer de columnas y comentarios sobre lo humano y lo divino, la relación se ha invertido. Parecerá increíble, pero basta realizar un listado de premiados y premiables de los últimos lustros para percibir de inmediato que es recomendable tener un rostro o firma públicos, una identidad periodística o televisiva, para ser reconocido como escritor. Es en verdad patético. Se es escritor por gozar del supuesto prestigio que concede el ser conocido en el horizonte de los mass media... La fórmula es tan sencilla cuanto irrisoria: sea conocido y será convertido en escritor, y no sea escritor y entonces será reconocido. Y abundaré en la actualidad de los criterios que avalan mi apocalíptica impresión. Pues el dominio mediático-empresarial que dirige la literatura, y muy especialmente la novela –pues de la situación de ésta hablamos-, ha de regirse por las exigencias de la demanda lectora. Ni entrar quiero en la consideración de lo que significa y de la consistencia de lo que se entiende por demanda lectora... Pero quiero advertir que la producción de la demanda lectora y, en consecuencia, de los criterios que avalan un buen rendimiento comercial, han desembocado en un proceso inercial que determina esencialmente el discurrir del panorama novelístico. Me explicaré más directamente. Si los resultados del

mercado evidencian la positiva recepción de tal o cual tipo de historia, la proliferación de éste devendrá escandaloso. El ejemplo reciente de *El código de Da Vinci* resulta revelador: su éxito mundial permite augurar que las propuestas editoriales apostarán por anécdotas similares. Resulta penoso: el novelista interioriza la sugerencia de que es preciso hacer algo parecido a lo que ha intentado exitosamente Dan Brown. Terrible... Y acaso el ejemplo de la llamada novela histórica sea modélico. No creo que se haya llegado a un nivel tal de decrepitud y decadencia como el que actualmente esgrime este otrorapreciado subgénero... Presumo que Yourcenar o Mugica Laínez temblarían ante la sospecha de ser situados junto a nombres actuales que entienden la novela histórica como ordenación cronológica de hecho, acciones y venturas.

Dejaré a un lado la consideración de las temáticas dominantes. Cada lector puede pensar la oportunidad de las mismas. No hay mucho que elegir, por otra parte: historias minimalistas, de hombres y mujeres agobiados por traumas domésticos o inquietos ante el misterio de su pasado... Y dejo a un lado la obsesión literaria por hacer que los protagonistas de las historias sean escritores, pintores, profesores: mucho nos tememos que, cuando pasen décadas, los sociólogos encargados de precisar nuestro tiempo actual concluyan que existía un escritor por cada dos habitantes. En fin, nada pasa en el mundo para la mayor parte de los novelistas actuales. Y cuando alguien decide entrar en materia es reo de suplicio. Algo de esto le ha ocurrido a la muy brillante Belén Gopegui con su aventura cubana: la crítica se lanzó a degüello desentendiéndose de los posibles valores literarios de la obra para ceñirse a la consideración política del apoyo al proceso cubano. Y si digo que quiero dejar este asunto al margen es porque deseo finalizar esta breve consideración con un último apunte... Retornamos al principio. La crítica... Está presa de una endogamia mayúscula. ¿A alguien se le escapa? Los suplementos literarios –todavía llamados así, aunque existe la solicitud de que se denominen páginas de publicidad blanca- y revistas están confeccionadas por críticos que, escribiendo novelas, aspiran a conseguir su publicación y por novelistas que escriben crítica. Los críticos aspirantes deben remarcar la importancia definitiva de la obra publicada por la editorial de sus sueños –o insomnios- y los escritores metidos a críticos se ven en la obligación de encomiar las obras de la editorial que les ampara. Tal es el panorama. Defensa del *modus vivendi* a la postre y al margen de consideraciones estéticas o literarias. La novela no desaparecerá debido a la revolución tecnológica, ni mucho menos: fenecerá por la idiotez del horizonte literario que terminará por alimentar la indiferencia y el aburrimiento.

No es de extrañar que la producción novelística camine por andurriales menesterosos. Gran parte de las obras publicadas carece de estructura alguna, de marca

estilística definida –al novelista le da igual escribir un recetario de cocina, un manual de cuidados de animales domésticas, una novela histórica o un novelón de aventuras. Qué importa...

Lo que afirmo y justifico no es absolutamente generalizable. Existe un resabio de esperanza. Todavía. Encontrarse con autores como Bolaño –a pesar de la sensación amarga que deja la lectura de su *2066-* o Lobo Antunes provoca una cierta reconciliación. Y por referirse a un ámbito circunstancial y geográfico, la producción novelística realizada en Aragón, por ejemplo, anima a un cierto júbilo. Hay suficientes indicios y, desde luego, escritores que se empeñan por alcanzar una atmósfera, preocupados por el estilo y la estructura, sordos a las imposiciones mal llamadas sociológicas. El cuidadoso empeño de Antón Castro, manifiesto en obras como *Los pasajeros del estío* o *Los seres imposibles*, las maravillosas creaciones de Carlos Castán, que con *Frío de vivir* y *Museo de la soledad* ha alcanzado una insólita madurez, y algunas inolvidables entregas de Félix Teira, como *Gusanos de seda* o *Brisa de asfalto*, revelan un magnífico empeño por dignificar un oficio que corre el riesgo de convertirse en banal y vano.

Pero de quien quiero hablar es de J. Giménez Corbatón.

## **2. Reedición de la meritoria *El fragor de las aguas*.**

*El fragor de las aguas* vio la luz hace más de diez años en el sello esforzadamente dirigido por Mario Muchnik. Es reeditada ahora por Prames. Bienvenido sea el empeño por dar a conocer una obra de difícil adquisición –dado el infortunio editorial y la prisa obcecada por sepultar textos valiosos a los que se les pone fecha de caducidad como a los danones-. Alegría, pues, por facilitar que los nuevos lectores puedan conocer una de las novelas más gratificantes y valiosas de la última década. ¿Novela he dicho? En verdad que podría calificarse de tal, aunque su estructura formal se adecue más a la de la colección de relatos. Y, sin embargo, mantengamos la denominación ya que lo esencial de los relatos que integran la obra son tanto los protagonistas de los mismos cuanto la temática común que unos y otros viven. Aquéllos reaparecen una y otra vez, recuerdos nebulosos en la memoria de los protagonistas de otras historias y ésta es la que determina las existencias desoladas de todos... Hasta tal extremo que, por ejemplo, Nuncia, el personaje central de *El Mas del Río*, vividora de una de las historias de amor más crueles y mágicas de nuestra reciente literatura, reaparecerá en el último relato breve de *Tampoco esta vez dirían nada*, la obra que siguió a la que ahora se comenta, el cabo Bricio reaparece como sombra secundaria pero siempre

determinante –y no podía ser de otra forma, dado que las priemras acciones se sitúan en la pronta postguerra- y el recuerdo del americano revuela en los silencios de Crespol, el imaginario territorio que Giménez Corbatón cartografía con sumo esmero. La atmósfera es esa desolación que agrava las vidas de unos y de otros, de los hombres y mujeres de las masías. Todo está a punto de finalizar: convertidos los recuerdos en adelgazados hilos, vanos ya los antiguos oficios, demolidas las casas y envejecidos los cuerpos... Matías el Gallo lo adivina: “lo de cuenquero se terminó hace unos años: entre que ya no hay masoveros, el plástico, y que ahora, la verdad, se arreglan menos las cosas, pues me quedé sin trabajo”. Invasión del plástico: todo ha terminado. Un mundo se viene abajo. *El fragor del agua* es una triste melodía cargada de añoranza por este mundo inevitablemente caducado.

Resuena la nostalgia por lo que se va. El padre de Rosildo, evocado por Nuncia, agonizó “levantando muros de piedra que impidieran a la montaña desplomarse sobre la masía cuando se derrite la nieve”. Es también Nuncia quien certifica la amarga pesadez de lo que se avecina: “ya por entonces Rosildo y yo empezábamos a naufragar en el hondo pesimismo que conformaba nuestra rebeldía de masoveros irreductibles”. Con cadencia asombrosa, cuidadosamente medida, se vierten seguridades, desconfianzas, pálidos temores: los jóvenes “se irán yendo más. En los pueblos grandes y en las ciudades tienen agua corriente, y no se han de hacer el pan y el queso porque los venden en las tiendas”. Estampa, en consecuencia, de un mundo extraño y agonizante: ese universo que provoca amargura “cuando todo se desmorona, cuando ya no hay niños jugando en las eras, ni mujeres bordando en la puerta de las casas, ávidas de sol”, recuenta el suicida que habla desde la atalaya de su privilegio.

La ruina del mundo de los masoveros es atroz. No hay barato naturalismo en *El fragor del agua*. Lo que existe es reverencia por un universo en el que primaban los valores del amor a la tierra, de las pasiones marcadas por la lección que susurran los animales y los árboles, el color de los cielos y el rumor del río. Por esto, uno de los sobresalientes aciertos de la obra reside en la conformación de diferentes puntos de vista para dejar constancia de la desolación, de la inevitabilidad de la catástrofe y de las consecuencias ácidas de lo que se aproxima. Hay, al respecto, varios relatos ejemplares. Desde luego, y en primer lugar, el que abre el libro, titulado *La Umbría*. Muy difícilmente podría conseguirse una imagen al de la desolación y del espíritu con que se vive la gravedad de la misma: la recreación imaginaria del viaje que realiza la anciana recién viuda trasladando el cadáver aun caliente de Próspero, su marido. Giménez Corbatín recrea magistralmente, y a un tiempo, la sorpresa de la anciana –una sorpresa que es helada como la montaña cercana sobre la que la niebla se abuhardilla-, la atmósfera de la masía y los primeros habitantes de Crespol que nos son presentados, y todo

ello aproximado a través del diálogo de la vieja con Próspero, muertos ambos en verdad desde que todo comenzó a disiparse. Pero el lector que se haya sentido estremecido con la lectura de la historia que acabo de recordar tampoco podrá dominar un sentimiento de admiración mientras avance la lectura de *La Peña Blanca*. Real conversación de muertos que recuerdan la historia de sus pobres y dramáticas vidas: relatada la historia por Ramón –quien recuerda que “yo me colgué de la viga antes del solanar del Mas de la Peña”-, quien asiste a los encuentros con los antiguos vecinos, con otros conocidos muertos trágicamente, como Joaquín el del Pubil, quien jamás pudo o quiso comprar una tierra y que un día, “loco por el rosario de la gente que se iba... no pudo aguantar más, se tiró a la tiró a la balsa y se ahogó con las ranas”, o desgastados por la circunstancias de la ruina y la inutilidad, escasas páginas de la literatura de los últimos años consiguen transmitir una emoción tan veraz y auténtica como la de esta historia. Ramón, el contador de las idas y venidas de los ahora muertos, habitante solitario de su pequeña hacienda donde sobrevive con su hija Adelina, sentirá la soledad y la pasión última: “bien entrado el primer invierno en soledad, Adelina y yo, ella tenía la mejor alcoba, la que pasa el tiro de la chimenea, fue un invierno tan frío que una noche me metí en su cama y me pegué a ella, me abracé como un niño, no dijo nada, ni que sí ni que no, desde aquel día me puse a desear que las noches de invierno viniesen heladas para hacer el viaje”... Espectacular y nocturno: no hay forma mejor para ilustrar la soledad del masovero que la delicadeza de esa pasión incestuosa que vibra en el mundo acabado.

El peso del aciago destino es insuperable. No hay fuerza que aventure la posibilidad de un renacer. Todo irá derrumbándose poco a poco, todo se ha venido derrumbando poco a poco, con el fragor leve e inevitable de las aguas que pasan camino del ocaso. Los personajes cercanos o lejanos mueren: el cabo Bricio resulta una progresiva imagen patética, desde el lejano tiempo en que vigilaba a los masoveros y perseguía a los últimos resistentes de la guerra civil hasta su engorrosa villanía que le lleva a torturar por un acto que pertenece a la dimensión pobre de la vida doméstica, el americano que escribe cartas desde hace décadas anuncia su cariño por la tierra donde combatió y su muerte.

¿Luego ya no hay esperanza? Es cierto que podría concluirse, considerando el último relato, que la vida se renueva. Laura, uno de los personajes del relato que da título a la obra, se instala en Crespol. Aquí recibe la visita de su hijo y de su novia. El júbilo y la alegría que hace tiempo existieran en el reino de los masoveros pareciera renovarse. Savia nueva... Dejemos la sospecha en el aire. Mínima sospecha. La mujer pasa horas y horas hablando con el encargado de cuidar las tumbas de los muertos. Y, en verdad, los hijos e hijas de los masoveros han emigrado: viven en Valencia, trabajan en las fábricas de localidades lejanas...

En verdad que no resta esperanza alguna. Y, por esto mismo, no es de extrañar que, después de lo que podría considerarse una continuación de *El fragor del agua* –ya citada: *Tampoco esta vez dirían nada*–, la obra de Giménez Corbatón haya iniciado un viraje significativo hacia una problemática urbana de la que ha quedado brillante testimonio inicial en *El hongo de Durero*.

Pero retornemos a la obra que ahora nos ocupa. La literatura no está hecha de buenas intenciones. Describir la decadencia del mundo rural, el agotamiento de formas de vida y de una particular relación con la naturaleza, es un noble ejercicio literario. Entre nosotros, Moncada ha entregado una obra excepcional y reconocida. Para que una buena intención literaria se transforme en una gran obra literaria debe cubrir ciertas exigencias –que he demandado en el primer apartado de estas páginas–. Buena y creíble fisonomía de los personajes, acertada ambientación, coherente empeño por trazar un estilo propio, por ejemplo.

Pues bien, hay que rendirse a la maestría con que Giménez Corbatón consigue hacer vivir a los personajes de sus historias, que en ningún caso son figuras planas. El secreto del encariñamiento que anima al lector radica en que pueden sentirse sus sentimientos, los hondos motivos de sus fracasos y de su soledad, las razones de la huída de sus hijos y su mágico amor a la tierra que les ha producido, a la postre, hirientes dolores y breves alegrías. Es imposible no amar a la anciana que recorre el camino desde la Umbría con el cadáver de Próspero cargado a lomos de la mula Rosa, no sentirse compañero de la pena de Rosildo o no lamentarse de la desdichada fortuna de Matías el Cuenquero: todos ellos, y otros muchos, están dibujados con una delicadeza e inteligencia literaria que bien podría pensarse que son personajes cuyas historias nos han dictado al oído sus hijos y parientes o que sus aventuras han quedado grabadas en las peñas y escarpados caminos de su mítica región.

Y el fenómeno que aumenta el grado de verosimilitud es la creación de una atmósfera que hace reales los sentimientos de unos y otros. Hay novelistas cuya brillantez se debe a la creación de perfiles psicológicos conseguidos con superior perspicacia. Hemingway acaso sea uno de ellos. Y les hay que destacan por el privilegio alcanzado a la hora de dibujar una atmósfera que aviva regiones, ciudades o circunstancias: creo que el Flaubert de *La educación sentimental* o el Cortázar de *Rayuela* alcanzan cotas insuperables en sus evocaciones del París de la segunda mitad del XIX o de los años sesenta. Y, por supuesto, les hay que entreveran de manera magistral personajes y atmósfera: los mundos míticos de Faulkner y del primer García Márquez pertenecen a esta estirpe especial. Entiendo que *El fragor del agua* debiera situarse entre las obras que conjugan de forma precisa y sabia personajes y atmósfera, pues, en efecto, Matías el Cuenquero, Rosildo, Nuncia, Ramón,

Damián el enterrador de Crespól aparecen y reaparecen como figuras vivas en virtud de que todas sus personalidades lo son en tanto determinadas por el conflicto que a todos les agobia. La atmósfera de decrepitud y de resignación, de cierta pereza alumbrada por la íntima creencia de que todo se ha consumido y consumado, es lo que orienta sus comportamientos. El lector se siente absorbido por esa unidad del horizonte que les ha cercado y, a un tiempo, concede el sentido último a sus días de ocaso y pesadumbre.

No terminaré esta nota de celebración y entusiasmo sin referir un último rasgo que convierte *El fragor del agua* en una obra insólita. Hubiera resultado carente de consistencia de haber optado el autor por una uniformidad estilística, dado que los personajes que actúan y nos hablan son gentes vivas, pero también espectros. Un acierto sobresaliente de la colección es haber apostado por el estilo indirecto, y por haber destilado diferentes registros a la hora de emplear el mismo –diversa es la tonalidad del estilo indirecto, por ejemplo, en *La Umbría* y en *El fragor del agua*, el relato que cierra el volumen–, pero, a un tiempo, por el estilo subjetivo en *Matías el Gallo* y por una extraña y pertinente hibridación en *La Peña Blanca*. Apuesta de estilo que Giménez Corbatón ha sabido resolver con una maestría atinadísima.

Considerado lo dicho, y calladas otras muchas observaciones que quizás merecieran ser remarcadas, pareciera enmendarse el tono apocalíptico con que iniciaba estas líneas. Pero me reafirmo en lo que he escrito al principio. La salud de la novela, de nuestra novela, pero también de los productos –y no de otra forma he de denominarlos– que llegan de Europa –el asunto latinoamericano es otro asunto sobre el que acaso también convendría decir algo, pero no es el momento–, es desastrosa. Leo mientras redacto esta nota la novela reciente de uno de los autores más celebrados del último lustro: no menos de dos docenas de errores sintácticos en las primeras cuarenta páginas. Insólito. Y, así, una tras otra... Y no enmendaré un ápice lo que he afirmado porque encontrarse con un texto como *El fragor del agua* es una excepcionalidad para el lector. Un libro que facilita la reconciliación del lector con la literatura.

Mañana será otro día. Una nueva jornada en la que la vulgaridad será entronada. Y a esperar otro breve, minucioso y magnífico milagro.